

**1945~1968  
PROCESO A**

**COMO SE REPARTIERON EL MUNDO**

**YALTA**



**N**INGUN encuentro internacional, ni siquiera el que celebraron Ribbentrop y Molotov en 1939 y que condujo a la firma del pacto ruso-alemán, ha tenido tan mala prensa como la conferencia de Yalta. Aún no estaba seca la tinta de los acuerdos firmados por Churchill, Roosevelt y Stalin en la mañana del 11 de febrero de 1945, más aún, todavía no se había celebrado la primera reunión entre los tres estadistas, cuando empezaron las dudas y perplejidades en torno a los fines auténticos de la conferencia y los ataques a sus proyectos de sistematización mundial.



Las zonas de influencia de la Unión Soviética (en rojo) y de sus aliados occidentales (en negro). En Yalta, Churchill dijo a Stalin: «Sistematicemos nuestros asuntos en los Balcanes. Vuestro ejército está en Rumanía y Bulgaria. En estos países tenemos intereses, misiones y representantes. Pero tratemos de evitar cualquier disputa por motivos mezquinos. Por lo que respecta a Gran Bretaña y a Rusia, ¿qué diríais si os dejásemos el noventa por ciento de predominio en Rumanía, a cambio de un noventa por ciento de control sobre Grecia por nuestra parte, y cada uno de nuestros países conservase un cincuenta por ciento de Yugoslavia?».

**N**O todos estos ataques partían de las mismas posiciones ni tampoco tenían todos el mismo objeto. La derecha americana, por ejemplo, ha utilizado siempre a Yalta para minar el prestigio de Roosevelt acusándolo de ingenuidad política y de filocomunismo larvado. Pero, en la mayoría de los casos, se ha presentado a Yalta como causa principal de la división de Europa y del telón de acero. Recientemente, Charles de Gaulle declaró en una conferencia de prensa: «¿Habré de recordaros que, en 1945, Francia... no fue invitada a Yalta, por decisión calculada de Washington y Moscú; que, antes de que comenzase la conferencia, yo había criticado ya su composición; que, una vez conocidas sus conclusiones, yo no las firmé?... En efecto, yo no podía aceptar que el destino de toda Europa se decidiese, de hecho, sin contar para nada con la propia Europa. Por otra parte, fueren cuales fueran las fórmulas vagas con que se pretendía velar la usurpación, yo no podía admitir tampoco el derecho a disponer de los demás —enemigos o aliados— que se atribuían a sí mismas dos potencias antes rivales, cada una a un lado de la línea de demarcación que habían trazado a sus tropas respectivas; de este modo se abandonaba a la dominación soviética la parte central y oriental de nuestro continente, que, de improviso, quedaba dividido en dos partes. Si mi gobierno reconoció posteriormente los hechos consumados nunca admitió que estuviesen justificados o que fuesen justificables».

Pero, ¿es Yalta verdaderamente responsable de todo lo que se le imputa? ¿Incluso los contrarios a la división en esferas de influencia (y los dirigentes soviéticos no figuran, claro está, entre ellos) estarán de acuerdo en atribuir al encuentro de Crimea su formación y desarrollo? Una breve reconstrucción de los ocho días de conversaciones y de los acontecimientos registrados poco antes de su celebración, nos ayudará a responder a estas preguntas.

Todo comenzó uno de los últimos días de mayo de 1944, poco antes del desembarco aliado en Normandía. Fue por aquella fecha cuando Churchill le encargó a su embajador en Moscú que investigase cautelosamente las posibilidades de llegar a un acuerdo con los dirigentes soviéticos, que estaba destinado a la defensa de los intereses respectivos en el Centro, Sur de Europa y en los Balcanes.

### LAS DUDAS DE ROOSEVELT

El primer ministro inglés sabía que su iniciativa tenía posibilidades de éxito. Dos años antes, en el invierno de 1941, Stalin había comunicado ya a Londres que estaba dispuesto a discutir un acuerdo por el que se comprometería a apoyar cualquier petición inglesa de bases en la Europa occidental y en el Mediterráneo a cambio del reconocimiento de la anexión a la U.R.S.S. de los estados bálticos, de la zona ocupada por Finlandia, de la Polonia oriental y de la Besarabia. Ahora era Inglaterra a la que le

interesaba reanudar las conversaciones sobre este tema. Mientras el ejército ruso se acercaba a toda marcha a Rumanía y Bulgaria, Churchill pensaba ofrecer un reconocimiento de la situación de hecho que la inminente ocupación soviética estaba a punto de crear, a cambio de un compromiso para Yugoslavia y una concesión de plena libertad de acción en Grecia. Churchill consideraba este segundo punto como particularmente importante, ya que Grecia corría el peligro de caer bajo el control de los partisanos comunistas.

Pocos días después del primer sondeo en el Kremlin, el embajador de Gran Bretaña en Washington informó a los americanos; la primera reacción de éstos fue decididamente negativa. El presidente Roosevelt y aún más su secretario de Estado, Cordell Hull, internacionalista de tradición wilsoniana, estaban ligados a la idea del «one world», de un mundo único regido por leyes iguales para todos, y en el que toda nación, grande o pequeña, fuese libre e igual a las demás. Cualquier proyecto sobre esferas de influencia constituía para ellos una especie de sacrilegio. Por esta razón, cuando Churchill puso en práctica medio año después el acuerdo a que había llegado Londres con Moscú y en virtud de él ordenó la intervención masiva del ejército británico en Grecia para reprimir con gran dureza la tentativa comunista de conquistar el poder, el Departamento de Estado, así como casi toda la prensa, condenó la iniciativa del país aliado.

# YALTA

## LA DOCTRINA MONROE

Pero estas objeciones no tenían demasiado peso. Como Churchill dijo explícitamente en cierta ocasión y como algunos de los propios exponentes de la administración Roosevelt no dejaban de recordar, Rusia e Inglaterra, defendiendo lo que consideraban sus intereses vitales, no hacían sino «seguir el ejemplo de los Estados Unidos en Latinoamérica». Y como Washington, a pesar de sus inclinaciones internacionalistas y sus esperanzas de transformar a la O.N.U. en el proyecto de un gobierno mundial, no parecía estar dispuesto a declarar anticuada la «doctrina Monroe», su posición de principio en lo referente a Europa (o al Cercano y Medio Oriente) no podía tener, naturalmente, ningún efecto concreto.

Sin embargo, lo que impedía a los americanos condenar abiertamente los primeros acuerdos ruso-ingleses no era solamente esta contradicción entre el rechazo de las esferas de influencia y la fidelidad a la doctrina Monroe. Una política eficaz contra el reparto del mundo entre los países vencedores del nazismo habría exigido por parte de Washington y Londres un cambio de actitud con respecto a la Europa occidental, es decir, el reconocimiento de un derecho de



Jardines del palacio de Livadia, en Yalta. Roosevelt se alojaba en el palacio y Churchill en la casa de campo del príncipe Vorontzov.

presencia y control soviéticos en los territorios liberados por los ejércitos de Eisenhower a cambio de derechos equivalentes para los ingleses y americanos en la otra mitad del continente. Pero nada más lejos de las mentes de Churchill y de Roosevelt.

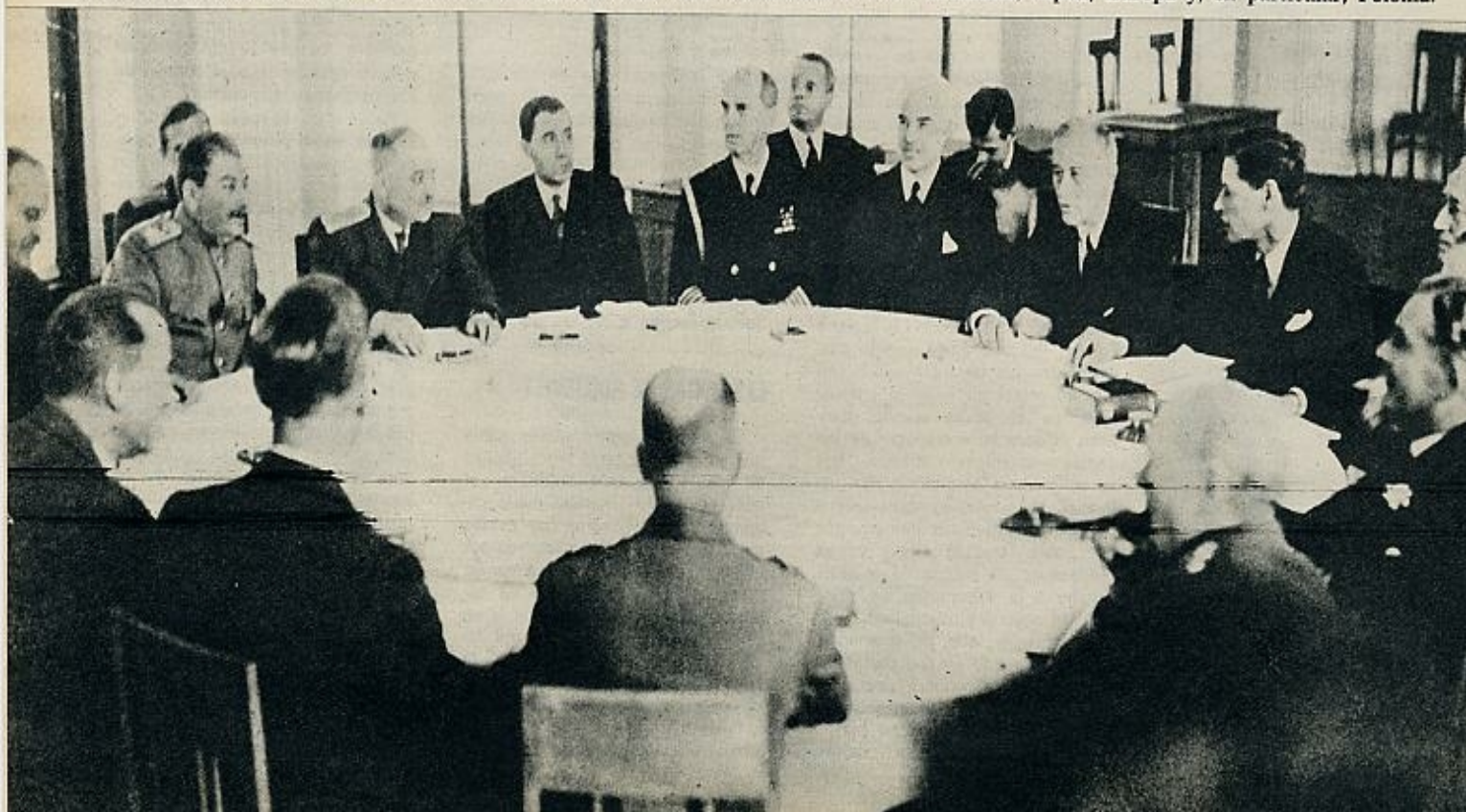
## STALIN LANZA UN ULTIMATUM

Se vio de forma clara e inequívoca en el momento de la capitulación de Italia. A pesar de la petición oficial de la U. R. S. S., que deseaba estar representada en una «comisión tripartita político-militar», el

presidente americano y el primer ministro inglés se limitaron a informar a Moscú de sus decisiones. Y cuando Stalin escribió en los siguientes términos: «Los Estados Unidos y Gran Bretaña han firmado los acuerdos, mientras que a la Unión Soviética sólo se la ha tenido al corriente de los resultados, como si se tratase de un tercer observador, de un extraño», y añadía: «Quiero decirles que no es posible soportar por más tiempo semejante situación». La respuesta fue que los rusos podían enviar a un oficial al cuartel general de Eisenhower, para estar en contacto continuo con la comisión. En definitiva, la única concesión hecha a la U. R. S. S. fue un puesto en una desautorizada «Comisión de consulta Interaliada», junto con otros varios representantes de los aliados «menores».

Es sabido que Churchill (a pesar de que éste lo haya negado siempre en sus Memorias) trató en varias ocasiones, desde principios del 43, de convencer a los americanos para que acelerasen en lo posible la campaña de Italia, especialmente en dirección Este, o, aún mejor, que cooperasen con ellos en un desembarco conjunto en Yugoslavia. Este plan, justificado oficialmente con propósitos militares (atacar a los alemanes por la espalda) y de colaboración con Ru-

Las conversaciones oficiales comenzaron a las cinco de la tarde del día 4 de febrero de 1945, en el gran salón de baile del palacio de Livadia, elegido como sede para ahorrar traslados a Roosevelt, ya enfermo. En la fotografía, entre otros, Molotov, Stalin, Gromyko, el almirante King, Cordell Hull, Roosevelt, Eden y Churchill. Temas tratados: O. N. U., Alemania, Japón, Europa y, en particular, Polonia.



*"No cambiemos más de idea, no vacilemos, no mintamos más desde Malta a Yalta, desde Yalta otra vez a Malta" (Churchill a Roosevelt).*



Una reunión preparatoria. En el fondo, de frente, Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores soviético.

sia (conjunción a breve plazo de los ejércitos occidentales y soviéticos que avanzaban en direcciones diferentes), tenía, en realidad, por objeto la mayor penetración posible de los occidentales en la península de los Balcanes, para llegar a la mesa de negociaciones con el control de extensos territorios ex enemigos.

Fallido este proyecto, debido a la firme oposición de los americanos, decididos a concentrar sus esfuerzos en un desembarco en las costas francesas (del mismo modo que en 1945 fallaría la tentativa de convencerles para que se dirigieran a marchas forzadas hacia Viena, Praga y Berlín), Churchill no veía otra salida que la de un acuerdo con Moscú, según los cánones de la política de potencia más tradicional para la creación en Europa de zonas de control recíproco.

## EL REPARTO

Llegar a esta meta lo más pronto posible suponía, a su juicio, no sólo garantizar al gobierno de Londres una total libertad de acción en Grecia, sino, al mismo tiempo, limitar el apetito ruso a Bulgaria y Rumania, salvando probablemente a Hungría y, casi seguro, a Polonia y a Checoslovaquia.

Que la división de Europa en dos obedecía, en primer lugar, a las realidades militares, lo demuestra todo lo que ocurrió en Bulgaria entre finales de agosto y principios de septiembre de 1944. Con los alemanes en retirada ya hacia el Norte, el gobierno de Sofía había decidido entrar en contacto con los occidentales para discutir la rendición al tiempo que declaraba haber ordenado el desarme de las tropas nazis en su territorio, decidido a asumir una postura de estricta neutralidad. Pero el desarrollo de los acontecimientos no podía satisfacer a Stalin. Después de afirmar que la declaración de neutralidad búlgara era «absolutamente insuficiente», el gobierno de Moscú dio a sus divisiones, que habían ya penetrado profundamente en Rumania, la orden de marchar sobre Sofía para englobar así a Bulgaria dentro de la órbita soviética.

Cuando Churchill y Stalin se reunieron en Moscú el 9 de octubre, no hicieron más que reconocer por escrito lo que el desarrollo de la guerra había ya determinado y lo que ellos habían reconocido de forma implícita. A Rusia se le concedió el control del 90 por 100 de Rumania, el 75 por 100 de Bulgaria; Hungría y Yugoslavia se las repartieron a partes iguales, 50 por ciento para cada uno; los occidentales, por su parte, o mejor dicho Inglaterra, se quedaban con el noventa por ciento de Grecia.

## Los acuerdos de Yalta facilitaron la intervención británica en la guerra civil griega.

### CHURCHILL INTENTA UNA SALIDA

Después de impedir que la Unión Soviética interviniera en Grecia y de asegurar una participación en la futura ordenación de Europa, gracias a la conquista de Italia, los esfuerzos de Churchill se dirigieron sobre todo a limitar lo más posible, mediante la presión diplomática y el llamamiento a los principios democráticos de la guerra contra el nazismo, la transformación en protectorado soviético de los territorios conquistados o a punto de serlo por el ejército rojo.

Americanos e ingleses intentan este objetivo. Reconocen, por un lado, que «Rusia tiene derecho a

contar con gobiernos amigos en sus confines», pero tratan de hacer una interpretación matizada de esta «amistad» (régimenes «de izquierda, decididos a llevar a cabo profundas reformas económicas y sociales, pero nunca dispuestos a utilizar fórmulas totalitarias como medio para realizar tales reformas», escribe a principios de 1945 el Departamento de Estado) y, además, intentan convencer a Stalin de que a la U. R. S. S. no le interesa subyugar toda la Europa oriental.

Así nació en Roosevelt y Churchill la idea de Yalta: se trataba de llevar adelante la acción diplomática encaminada a persuadir a Stalin en este sentido. Por otra parte, los americanos deseaban dis-

cutir con los soviéticos su contribución en la guerra del Japón. A su vez, Stalin, si bien estaba dispuesto por encima de todo a transformar a los países conquistados por sus ejércitos en un cinturón protector de la U. R. S. S., deseaba antes obtener el visto bueno de Inglaterra y Estados Unidos.

El dirigente soviético debía de pensar con George Kennan que a su país «no le resultaría fácil conservar el poder que se había asegurado sobre los pueblos de la Europa central y oriental sin la ayuda moral y material del Occidente». Con estos estados de ánimo y aspiraciones divergentes, tras largas discusiones sobre cuál debería ser el lugar en que se celebrase

la conferencia, los tres vencedores del nazismo se dirigen a Crimea.

Antes de comenzar las conversaciones tripartitas, De Gaulle expresó públicamente las contradicciones con que se enfrentaba la conferencia. Pero, ¿cuál era la posición exacta del jefe del gobierno provisional francés? En los coloquios que celebró con Churchill en Francia entre el 10 y el 13 de noviembre del 44, las diferencias de opinión no afectaban a la visión de conjunto. De Gaulle propuso un acuerdo bipartito París-Londres, una reanudación y, al mismo tiempo, intensificación de la tradicional «entente cordial»: en este momento histórico, afirmó: «Nuestros dos viejos

La intervención británica en Grecia, durante la guerra civil, fue una consecuencia de los acuerdos de Yalta. En la fotografía, soldados del ejército gubernamental muestran la cabeza cortada de un guerrillero de la E. L. A. S. Winston Churchill actuó con rapidez.



# YALTA

países, debilitados por la guerra, harán oír su voz en Moscú y en Washington y pesarán lo suficiente para impedir que no se haga nada sin su consentimiento». Churchill compartía este programa, pero creía que para conseguir tal objetivo era mejor tratar de persuadir a los dos grandes que desafiarnos; además estaba convencido de que la posición de Londres no se vería reforzada, por el momento, con un acuerdo entre París y Londres. Segura de defender sus propios intereses y, en cierto modo, también los de Europa, Inglaterra estaba decidida a conservar su puesto entre los tres grandes «participando en todos los negocios, no consintiendo nada por nada, y beneficiándose del reparto de los dividendos».

La aversión de De Gaulle a la conferencia de Yalta se debía al resentimiento por no haber sido invitado a la misma (por algo, el capítulo de sus Memorias que trata de estos acontecimientos se titula: «Le rang», el rango). Por lo que respecta al contenido del problema europeo, el general fue lo bastante realista para intuir que ni Inglaterra ni Francia e Inglaterra juntas podrían influir lo más mínimo para corregirlo. Y tanto más por cuanto el problema ya no consistía en tratar con la U. R. S. S., teniendo en la mano cierto número de concesiones o de instrumentos de presión, sino que se trataba solamente de vender al precio más alto posible el propio «consentimiento» (Churchill había utilizado esta palabra precisamente), en la esperanza de conseguir, a través de declaraciones de principio y compromisos diplomáticos, cambiar un estado de cosas ya casi establecido.

Los mismos resultados de la visita de De Gaulle a Moscú aclaran esta realidad. La partida de póker que juegan franceses y soviéticos en torno al comunicado final (la firma se estampará a las cuatro de la mañana después de que De Gaulle amenazase con marcharse) tiene evidentemente una importancia mucho mayor para los primeros que para los segundos.

## LAS ACUSACIONES FRANCESAS

En la fase más tensa de las negociaciones, Stalin se desinteresó, se pasea por el Kremlin, bromeando a su modo («sabes demasiadas cosas —le dice al intérprete—, habrá que mandarte a Siberia») y brindando a la salud de amigos y desconocidos. En el fondo, lo que quiere de De Gaulle, a cambio de un tratado de amistad que no le cuesta nada, es un reconocimiento aunque sea indirecto del «Comité de Lublin» (gobierno provisional comu-

nista polaco). De Gaulle describe exactamente la situación cuando dice: «Si estaba decidido a eximir a Francia de cualquier responsabilidad en la operación de sometimiento de la nación polaca, no era porque me hiciera ilusiones sobre la eficacia práctica de esta decisión. No teníamos evidentemente los medios para impedir que los soviéticos pusiesen su plan en ejecución». Sin embargo, no puede por menos de acusar Londres y Washington: «Yo intuía que tanto Estados Unidos como Gran Bretaña dejarían rienda suelta a los soviéticos». No quería reconocer que había llegado un momento en que el poder de Churchill y de Roosevelt no era mucho mayor que el suyo.

## EN EL SALON DE BAILE DE LIVADIA

Los dos dirigentes occidentales llegaron a Crimea por vía aérea, con veinte minutos de diferencia, en las últimas horas de la mañana del 3 de febrero, sábado. El día anterior se habían reunido en Malta. Y a pesar de que Roosevelt, que había viajado en barco desde Estados Unidos, parecía cansado y casi ausente, el estado de ánimo general era de confianza y alegría. Cuando un mes antes fue tomada la decisión definitiva del encuentro, Churchill compuso una pequeña poesía, que envió a su amigo de ultramar:

«No more let us alter, or falter,  
[or palter.  
From Malta to Yalta, and Yalta  
[to Malta».

(No cambiemos más de idea,  
no vacilemos, no mintamos  
[más.

Desde Malta a Yalta, desde  
[Yalta otra vez a Malta.)

Alojados, respectivamente, en el gran palacio imperial de Livadia y en la casa de campo del príncipe Vorontsov, Roosevelt y Churchill esperaron a la mañana siguiente la llegada de Stalin. Las conversaciones oficiales comenzaron a las cinco de la tarde del día 4, en el gran salón de baile del palacio de Livadia, elegido como sede de las reuniones para ahorrarle viajes al presidente estadounidense.

Los temas tratados en los ocho días de coloquio, además de un examen del desarrollo de las operaciones militares, fueron: organización de las Naciones Unidas; sistematización de Alemania; participación rusa en la guerra contra el Japón; futuro de la Europa liberada y, en particular, el de Polonia.

Sobre el primero de estos puntos, los deseos de Washington de llegar fuera como fuera a la creación de la O. N. U., contrastaba con el escaso interés que mostraba



## LA VISION DEL GENERAL DE GAULLE

HE aquí cómo expone De Gaulle, en el tercer volumen de sus «Memorias de guerra», su visión del arreglo europeo tras la derrota de Alemania:

«Esta concepción de la Alemania de mañana (dividida en Estados regionales) se parecía bastante a la idea que yo me hacía de Europa. Este continente, después de las heridas tan horribles sufridas en los treinta últimos años y las grandes transformaciones habidas en el universo, no podía encontrar el equilibrio y la paz más que a través de la asociación entre eslavos, germanos, galos y latinos. Había indudablemente que tener en cuenta todo lo que el régimen soviético tenía, en aquel momento, de tiránico y expansionista. Sirviéndose de la opresión totalitaria y, por otra parte, invocando la solidaridad de los pueblos del Centro y del Este contra el peligro alemán, el bolchevismo intentaría, muy probablemente, someter a su propia ley al Vístula, el Danubio y los Balcanes. Pero tan pronto como Alemania dejase de constituir una amenaza, esta subordinación, ya sin razón de ser, empezaría más tarde o más temprano a resultar intolerable a los vasallos, mientras que los propios soviéticos perderían todo deseo de permanecer allende sus fronteras. Si el Kremlin insistiese en sus programas de dominación, esto iría contra la voluntad de las naciones sometidas a su gobierno. Actualmente no existe ningún régimen que, a la larga, pueda sostenerse contra la voluntad nacional. Yo pensaba también que una acción llevada a cabo en el momento preciso por los aliados occidentales y dirigida a los señores del Kremlin, una acción enérgica y bien concertada, habría bastado para salvaguardar la independencia de los polacos, de los checos, de los húngaros y de los balcánicos. Después de lo cual podría ponerse sobre el tapete la unidad de Europa, bajo forma de una asociación organizada de sus pueblos, desde Islandia hasta Estambul, desde Gibraltar hasta los Urales».

# YALTA



## EL LAPIZ AZUL DE STALIN

LOS párrafos siguientes pertenecen a las memorias de Winston Churchill. Se refieren al encuentro que el político inglés tuvo con Stalin el 9 de octubre de 1944 en Moscú:

«Desembarcamos en Moscú la tarde del 9 de octubre y fuimos recibidos muy calurosamente y con todos los honores por Molotov y otros altos personajes rusos. A las diez de aquella misma tarde celebramos nuestra primera reunión importante en el Kremlin. Estábamos solamente Stalin, Molotov, Eden y yo, con el comandante Birse y Pavlov como intérpretes. Decidimos invitar inmediatamente a Moscú al primer ministro polaco, al ministro de Asuntos Exteriores Romer y al señor Grabski, viejo académico dotado de gran encanto y notable inteligencia. Luego telegraficé a Mikolajczyk diciéndole que los esperaba a él y a sus amigos porque queríamos que participasen en una discusión colectiva con nosotros, el gobierno soviético y los representantes del Comité de Lublin. Precisé que una respuesta negativa equivaldría a rechazar de forma definitiva nuestros consejos y nos eximiría de ulteriores responsabilidades con respecto al gobierno polaco de Londres.

«Era un momento propicio para discusiones concretas. Por eso yo dije: "Consideramos el problema de los Balcanes. Vuestro ejército está en Rumania y en Bulgaria. En estos países tenemos intereses, misiones y representantes. Pero tratemos de evitar cualquier disputa por motivos mezquinos. Por lo que respecta a Gran Bretaña y a Rusia, ¿qué diríais si os dejásemos el 90 % del predominio en Rumania a cambio de un 90 % de control sobre Grecia por nuestra parte, y cada uno de nuestros países conservase un 50 % de Yugoslavia?". Mientras se traducían estas palabras, escribí en una cuartilla: "Rumania: a Rusia el 90 %, a los demás el 10 %; Grecia, a Gran Bretaña (con el consentimiento de Estados Unidos) el 90 %, a Rusia el 10 %; Yugoslavia: 50 % y 50 %; Hungría: 50 % y 50 %; Bulgaria: a Rusia el 75 %, a los demás el 25 %.

«Le pasé la cuartilla a Stalin, que había estado escuchando la traducción de mis palabras. Se produjo una breve pausa. Luego tomó su lápiz azul, hizo con él una señal de "aprobado" sobre el papel y nos devolvió la cuartilla. Todo había quedado solucionado en menos tiempo del que se había empleado en redactarlo por escrito. Naturalmente, nosotros habíamos examinado larga y cuidadosamente nuestro punto de vista; lo que estipulábamos no era sino un acuerdo a breve plazo, por el período de guerra. Los problemas más complejos los dejábamos para la conferencia de paz que esperábamos se convocaría tras la victoria.

«Después, hubo un largo silencio. La cuartilla escrita a lápiz seguía en el centro de la mesa. Finalmente dije: "¿No parece más bien cínico el que hayamos tratado estos problemas, fundamentales para millones de personas, de forma un tanto expeditiva? Que-memos esta hoja". "No", dijo Stalin, "consérvela usted".»

Moscú por una organización semejante en la que la U. R. S. S. se habría encontrado aislada.

## MAC ARTHUR QUIERE UN SEGUNDO FRENTE

Americanos y soviéticos tenían ideas muy diferentes en cuanto al mecanismo de funcionamiento del Consejo de Seguridad. Para aquéllos, el derecho de veto de los cuatro o cinco grandes no debería poderlo ejercer cualquier país que estuviese envuelto en una disputa; para los soviéticos, el derecho de veto no sólo no debería tener limitaciones, sino que bastaría para impedir cualquier discusión por parte del Consejo. El compromiso consiste en aumentar hasta un número de tres los escaños a disposición de la Unión Soviética en

la asamblea (Rusia, Rusia Blanca y Ucrania) y en decidir que el derecho de veto de los grandes, aunque se extienda a toda una serie de problemas, sólo podrá utilizarse para impedir una votación y no para bloquear los debates.

La discusión sobre Alemania giró en torno a los problemas de su desmembramiento y de los desagavios necesarios. La cuestión de las respectivas zonas de ocupación, mucho más importante, había quedado zanjada anteriormente, el 14 de noviembre de 1944, cuando la «Comisión consultiva europea» dio carácter definitivo a un acuerdo del mes de enero precedente. En cuanto al desmembramiento, se pensó dividir al país vencido en cinco estados. Y por lo que respecta a los desagavios, Stalin sugirió la cifra de 20.000 millones de dólares, la mitad de los cuales se-

rían para Rusia. Pero no se llegó a nada definitivo.

El dirigente ruso y el presidente americano trataron aparte la participación de la U. R. S. S. en la guerra contra el Japón. Es necesario tener presente, para comprender todo esto, que el estado de ánimo de los americanos en febrero de 1945 era muy diferente que seis meses más tarde. Aunque los estudios para la fabricación de la primera bomba atómica estuvieran ya muy avanzados, nadie, ni siquiera Roosevelt, sabía con certeza cómo y cuándo explotaría el primer ingenio A. Sin la creación de un segundo frente por la U. R. S. S. (con un mínimo de 60 divisiones, aseguraba Douglas Mac Arthur), la derrota del Japón exigiría más de un año y no costaría, según los cálculos de los jefes del Estado Mayor americano, menos de medio millón de hombres.

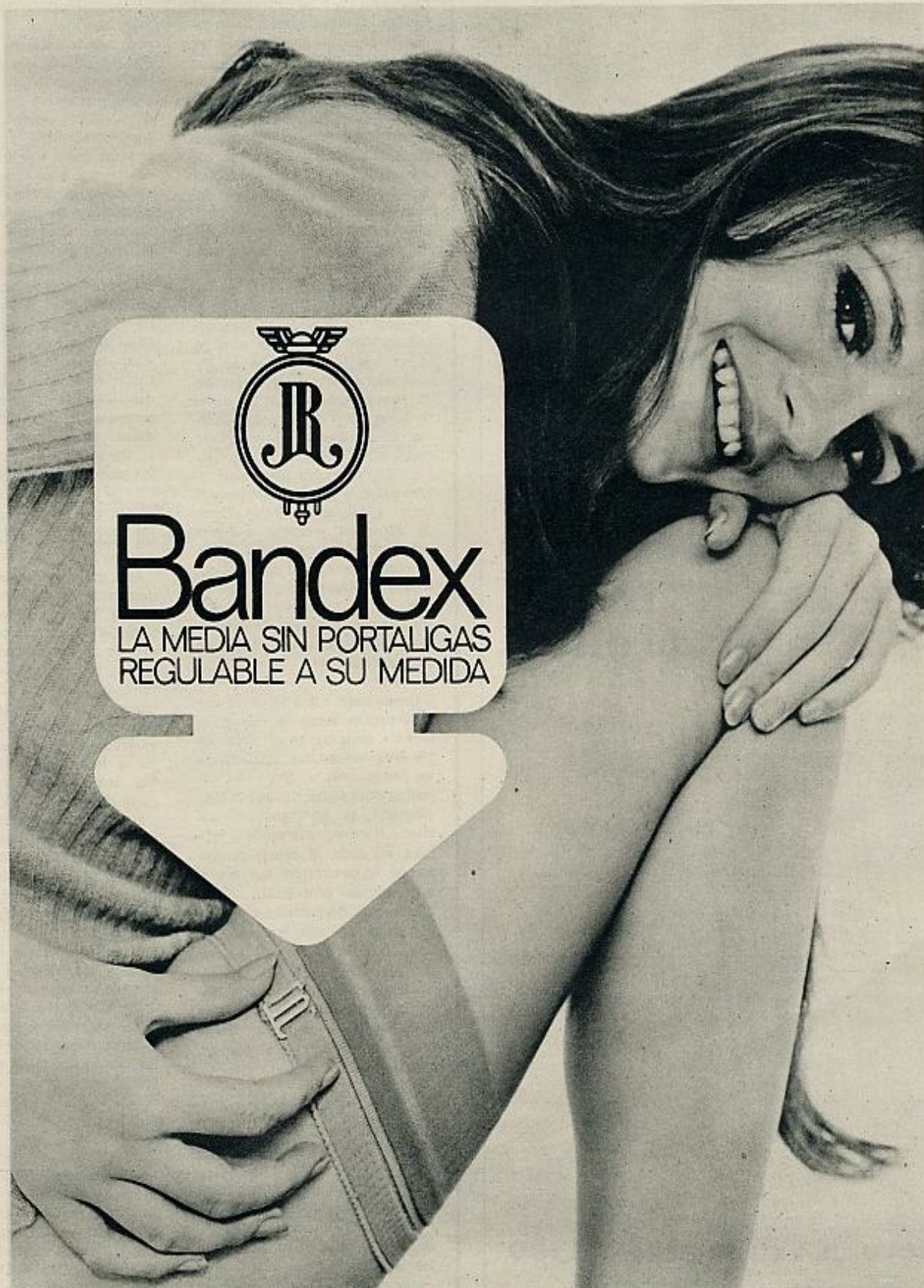
## «COMO LA MUJER DE CESAR»

Estando así las cosas es comprensible el que, para asegurarse la intervención soviética lo más rápidamente posible, se decidiera, antes de pasados tres meses del cese de las hostilidades con Alemania, el presidente americano esté dispuesto a hacer a Stalin concesiones notables, devolviéndole a la U. R. S. S. todo lo que ésta había perdido en la guerra con el Japón del 1904-5 (mitad meridional de la Isla de Sajalin, base naval de Port Arthur en alquiler, la internacionalización de Dairen, la explotación común del ferrocarril de la China oriental y de Manchuria además de las Islas Kuriles, y reconociendo la independencia de Mongolia exterior. Dado que todas estas concesiones se hicieron

**POR PRIMERA VEZ EN ESPAÑA  
LA MEDIA QUE REUNE  
TODAS LAS CUALIDADES  
POR UD. SONADAS**

**BANDEX se sostiene por sí sola,  
sin necesidad de portaliñas;  
un ajustador permite regularla  
a su medida.  
BANDEX no oprime el muslo y  
evita toda señal.  
BANDEX, puede subirse muy arriba  
a voluntad, hace la pierna larga y  
no crea ningún problema a la falda corta.  
BANDEX, también en CANTRECE\*  
y en los colores de última moda.**

\* MARCA REGISTRADA DE DU PONT



**Bandex**  
LA MEDIA SIN PORTALIGAS  
REGULABLE A SU MEDIDA



**¿Cómo  
podría Ud.  
calmar la  
agresividad  
del nuevo  
Morris 1300?**



**Aplicando  
suavemente  
sus  
poderosos  
frenos  
de disco.**



**nuevo MORRIS 1300**

Fabricado en España por **AUTHI**

# YALTA

sin el previo asentimiento de Chiang Kai-Chek, se comprende que alguien calificara a Yalta como un nuevo «Munich», esta vez oriental.

Dos terceras partes de las discusiones de Yalta y siete de sus ocho sesiones plenarias estuvieron dedicadas al problema de Polonia y de la Europa liberada. Los resultados de todos estos trabajos fueron más bien modestos. Sobre el primer tema se dejó sin decidir el trazado exacto de la frontera occidental (la oriental sería la «línea Curzon», con algunas ligeras modificaciones), pero determinaron que el gobierno de Lublin (que mientras tanto había establecido su sede en la Varsovia liberada) incluyese a una serie de «dirigentes liberales» que se encontraban en el extranjero (es decir, en el gobierno en el exilio de Londres) o en la propia Polonia. Este gobierno provisional se ocuparía de organizar cuanto antes «elecciones completamente libres sobre la base del sufragio universal y del voto secreto». Cuando Roosevelt preguntó a Stalin qué podía entenderse bajo la frase «cuanto antes», el dirigente soviético contestó: «Dentro de un mes». Y el presidente americano añadiría poco después: «Estas elecciones deben estar por encima de cualquier sospecha. Como la mujer de César».

Como Stalin había aprobado una «declaración sobre la Europa liberada», en la que se afirmaba que los tres vencedores ayudarían a los países antes ocupados «a crear instituciones democráticas por ellos elegidas», se comprende el que Harry Hopkins, expresando también, sin duda, el estado de ánimo de Roosevelt (del que era el más íntimo consejero), dijera: «Estábamos íntimamente persuadidos de que el amanecer del nuevo día por el que habíamos reza-do tanto tiempo había llegado al fin. Estábamos absolutamente seguros de haber ganado la primera gran batalla de la paz, y cuando digo nosotros, digo todos nosotros, los pueblos civilizados».

## EL DISCURSO EN LOS COMUNES

Sin embargo, estas esperanzas no podían transformar la realidad. Lo precario del acuerdo conseguido, la falta total de garantías para los occidentales eran tales que, a pesar de sus deseos de presentar los aspectos más optimistas de la

situación, el primer ministro inglés no pudo menos que decir en su primer discurso en los Comunes, nada más regresar de Yalta: «Pero más importante que las fronteras de Polonia es la libertad de Polonia. ¿Serán los polacos dueños de su propia casa? ¿Serán libres como somos libres nosotros en Inglaterra, como son libres en Estados Unidos o en Francia? ¿Su soberanía y su independencia serán completas o se convertirán, por el contrario, en una simple proyección del estado soviético, obligados por una minoría armada a adoptar, contra su voluntad, el comunismo o cualquier otro sistema totalitario?». En efecto, como el propio Churchill escribe en sus Memorias, «todo dependía del espíritu con que se aplicasen los acuerdos». Dada la situación de hecho, los occidentales no podían más que confiar en la buena voluntad de Stalin, en la adhesión unilateral a los acuerdos conseguidos.

## UN FRACASO INEVITABLE

Más que unas negociaciones que determinan la división en dos de Europa, Yalta constituye la última tentativa de los occidentales para impedir dicha división. Su fracaso era, sin embargo, inevitable. Al retrasar todo lo que pudieron el desembarco en Francia, los Ingleses y los americanos dejaron a los soviéticos la difícil tarea de liberar a la Europa oriental y central. Los soviéticos tuvieron que pagar con el sacrificio de muchísimas vidas humanas. Una vez creada esta situación, los americanos y los británicos intentaron negociar con la Unión Soviética los territorios ocupados por el ejército rojo, sin ofrecer ninguna contrapartida sobre el sector opuesto. Es muy probable que Stalin —prudente y desconfiado— hubiese rechazado cualquier proyecto de condominio o de responsabilidad conjunta. Pero aún podían interesarle menos unas negociaciones con las que se intentaba reconsiderar radicalmente la legalidad de las nuevas fronteras de seguridad que la U. R. S. S. había conquistado con tanto trabajo.

Aunque todos reconozcamos que los males que aquejan a Europa dependen tan sólo de su división, ésta no puede imputarse solamente a cuanto ocurrió en Crimea entre el 3 y el 11 de febrero de 1945. ■ ANTONIO GAMBINO. Una exclusiva de TRIUNFO para España. Fotos: CIFRA y ARCHIVO.